

El argumento de diseño y la quinta vía de Santo Tomás

(The Argument From Design And Aquinas' Fifth Way)

ALBERTO BARBÉS

Universidad Complutense de Madrid

abarbes@gmail.com

Resumen. En la literatura científica es relativamente frecuente hacer una equiparación entre el llamado argumento del diseño y la quinta vía de Santo Tomás, considerando que ambas pruebas de la existencia de Dios se apoyan en el concepto de finalidad para buscar la necesidad de un ser inteligente capaz de dar razón del orden en la naturaleza. Sin embargo, consideramos que las diferencias entre ambos razonamientos son de gran calado: parten de un tipo de orden distinto, se basan en un tipo de finalidad diversa y su forma de recurrir al principio de causalidad es también distinto. Pensamos que tales divergencias nos permiten decir que los dos argumentos no son en absoluto equiparables y que pueden incluso considerarse como razonamientos en cierto modo opuestos.

Palabras clave: quinta vía; argumento del diseño; finalidad; orden natural; ciencia; Intelligent Design.

Abstract. In scientific literature it is common to make equivalence between the so-called argument from design and the fifth way of Thomas Aquinas. It is commonly assumed that both demonstrations for the existence of God are based on the concept of finality to proof the need for an intelligent being capable of causing order in nature. However, we think that the differences between the two arguments have great significance: each of them has as a starting point a different type of order, they are based on

a different kind of finality, and the way in which they use the principle of causality is also different. We believe that such differences permit us to say that the two arguments are not at all comparable and may even be seen as opposite arguments.

Keywords: fifth way; argument from design; finality; natural order; science; Intelligent Design.

El conocimiento de Dios ha sido tema de estudio de la práctica totalidad de los filósofos, y son muchos los que han formulado un argumento para demostrar de forma racional la existencia de un Creador. Estas pruebas pueden clasificarse en función del tipo de demostración que se propone y tomando en consideración el tipo de premisas de las que parte. Entre este tipo de demostraciones se encuentran los argumentos teleológicos: aquellos parten de la consideración de una serie de características del mundo natural que nos permiten hablar de cierta finalidad (Artigas 1992, 390).

De entre los argumentos de tipo teleológico destacan dos por su importancia: la quinta vía de Santo Tomás, y el llamado *argumento del diseño*. Este último razonamiento parte de la consideración del orden que encontramos en la naturaleza para concluir que esa organización se debe a un *diseño intencional*; de ahí el nombre del argumento (Leslie 2003, 55). Se puede distinguir entre los argumentos del diseño de tipo cósmico, que consideran el orden del universo como un todo, y los de tipo orgánico, centrados en el orden que existe en alguna parte concreta de la creación, como son los órganos de los seres vivos.

El objetivo de este artículo es hacer una comparación entre la quinta vía de Santo Tomás y el argumento de diseño de tipo orgánico¹. Veremos así que, aunque en la literatura científica es relativamente frecuente equiparar estos dos argumentos², existe entre ambos diferencias de gran importancia. Las dos pruebas toman como punto de partida el orden natural pero, como

¹ Como en este trabajo hablaremos casi exclusivamente del argumento orgánico, por motivo de brevedad nos referiremos a este tipo de prueba con el nombre genérico de *argumento del diseño*, lo que es también habitual en la literatura.

² Podemos citar, entre muchas otras, las siguientes referencias (Dembski 2004, 66); (Dawkins 2006, 77-79); (Ruse 2006, 7); (Ayala 2007, 23-24); (Ratzsch and Koperski 2015, §2).

veremos, en cada caso se trata de un tipo de orden distinto. Esto tendrá repercusión en la aplicación en cada prueba del principio de causalidad –en el cual se apoyan ambos argumentos– y, por tanto, en el mismo rigor lógico de las demostraciones.

Mostrar estas diferencias nos permitirá ver que la quinta vía y el argumento del diseño no son en absoluto equiparables y que, en cierto modo, pueden presentarse como razonamientos opuestos. Pensamos que clarificar estas distinciones puede contribuir a evitar cierto recelo por parte de muchos de los filósofos de la ciencia frente al argumento del Aquinate, debido en parte a esa confusión y al recurso que se hace a este razonamiento desde el entorno del *Intelligent Design*.

Aunque varias de las afirmaciones de este artículo pueden referirse al argumento de diseño independientemente de su formulación concreta, en este trabajo nos centraremos de forma especial en el argumento de diseño tal y como es presentado por los autores del *Intelligent Design*, por tratarse de la formulación más moderna y ser aquella que pretende dar respuesta a las objeciones que desde la ciencia moderna se pueden poner al argumento de diseño.

1. Los dos argumentos teleológicos

Comenzaremos nuestra exposición con una breve presentación de la estructura lógica de los razonamientos.

1.1. La quinta vía del Aquinate

Aunque Santo Tomás plantea en varias ocasiones argumentos de tipo teleológico para probar la existencia de Dios, en este trabajo nos centraremos en la formulación propuesta en la quinta vía, que en la *Suma Teológica* viene presentada así:

La quinta vía se toma del gobierno del mundo. Vemos, en efecto, que las cosas que carecen de conocimiento, como los cuerpos naturales, obran por un fin, como se comprueba observando que siempre, o casi siempre, obran de la misma

manera para conseguir lo que más les conviene; por donde se comprende que no van a su fin obrando al acaso, sino intencionalmente. Ahora bien, lo que carece de conocimiento no tiende a su fin si no lo dirige alguien que entienda y conozca, a la manera como el arquero dirige la flecha. Luego existe un ser inteligente que dirige todas las cosas naturales a su fin, y a éste llamamos Dios (*STh* I, q.2, a.3.).

Para ver con más claridad el argumento que presenta aquí Santo Tomás puede ser útil el siguiente esquema, en el que hemos querido resaltar la estructura lógica del argumento:

En la actuación de los seres naturales existe una regularidad
esa regularidad responde a la dirección hacia un fin que les conviene
pero los seres sin inteligencia no pueden saber lo que les conviene
luego los irracionales no puede dirigirse a sí mismos hacia lo óptimo
Por tanto, los irracionales necesitan ser dirigidos por un ser inteligente
luego es necesario que exista un ser inteligente que dirija los seres irracionales
Ese ser es Dios (luego Dios existe).

1.2. El argumento de diseño

Al contrario de lo que sucede con la quinta vía, al hablar del argumento del diseño no estamos tratando la obra de un único autor: son varios los que presentan y formulan este tipo de pruebas. Sin embargo, podemos decir que todos tienen una línea común: el estudio del mundo que nos rodea nos muestra la existencia en alguna de sus partes de un orden que, por su complejidad, precisión y finalidad, sólo puede explicarse por la actuación de un diseñador dotado de inteligencia. Y tal agente, se concluye, es Dios.

La analogía entre el diseñador del universo y un artífice humano fue ya propuesta por Cicerón, pero adquirió su mayor fuerza al ser retomada por algunos pensadores de los siglos XVII y XVIII, como John Ray, Richard Bentley o William Derham. Estos autores se inspiraron en los descubrimientos científicos de su época para argumentar en favor de la existencia de Dios.

Los razonamientos anteriores fueron duramente criticados por Hume (Hume 1964) y posteriormente recuperados por William Paley (Paley 2008). Y, ya en los últimos años del siglo XX, fue retomado por los autores del llamado *Intelligent Design*, cuyo principal objetivo es, como sabemos, presentar pruebas científicas que demuestren la imposibilidad de que algunas partes de la naturaleza –como el flagelo bacteriano y otros sistemas– hayan podido surgir por evolución darwiniana³.

Podemos pues presentar el siguiente esquema lógico del argumento de diseño:

En algunas partes de la naturaleza encontramos orden estructural funcional
tal orden nos permite hablar de un diseño intencional
solamente un ser inteligente puede introducir en la naturaleza algo diseñado
Luego existe un diseñador inteligente de esas partes de la naturaleza.

2. El orden natural, punto de partida de los argumentos

Un primer punto que podemos señalar es que en ambas demostraciones nos encontramos frente a un argumento *a posteriori* de tipo *quia*: partiendo de la constatación de un hecho natural –la existencia de orden de la naturaleza–, llegamos a la necesidad de que exista un ser que sea causa del mismo. Ya aquí encontramos la primera diferencia entre los dos argumentos: la clase de orden al que se refieren.

2.1. Orden estructural y orden dinámico

El argumento de diseño toma como punto de partida el orden que existe en la colocación o distribución espacial de las partes de ciertos sistemas biológicos, como la mano, el ojo o el flagelo bacteriano, cuyos componentes –huesos, músculos o proteínas–, se encuentran en el lugar preciso para que el sistema en su conjunto pueda realizar una función determinada. Se trata

³ No es nuestra intención hacer aquí un análisis sobre la validez de los argumentos presentados por este grupo. Para ello puede consultarse, por ejemplo (Collado 2007, 573–605).

de una disposición muy precisa y asombrosa, pero en este argumento es considerada desde un punto de vista meramente posicional, equivalente a la que encontraríamos en las piezas de un reloj o de cualquier otro artefacto mecánico: cada una de las partes tiene una forma precisa y está colocada en un lugar concreto para que el sistema como un todo realice una función determinada.

Tanto Paley como Behe razonan precisamente a partir de esa equiparación entre artefactos humanos y sistemas biológicos: es precisamente el considerar las proteínas como *simples* piezas o *ladrillos* lo que permite a Behe afirmar que conocemos los sistemas bioquímicos de forma completa. Y es gracias a ese conocimiento –dice– podemos afirmar que han sido diseñados, es decir, que sus partes han sido colocadas con un propósito concreto (Behe 2006, 42–51). Esa es precisamente la noción de diseño que manejan estos autores: la organización intencional de partes (Behe 2006, 193). No apoyan pues su razonamiento en el orden que encontramos en el movimiento de las partes del flagelo, sino en el orden de sus piezas. Por eso decimos que se trata de un orden estructural.

En cambio, la quinta vía se apoya en un tipo de orden distinto; el Aquinate no nos habla de la constitución material de los seres naturales, sino del orden en su actuación: los seres naturales, siguiendo su propia naturaleza, actúan de forma ordenada (García López 1995, 67). Podemos hablar así de un orden de tipo dinámico, muy superior al mero orden estático o estructural.

Por supuesto, la actuación de cada ser depende en gran medida de su propio orden interno. Una semilla, por ejemplo, es un sistema con un gran orden estructural, en el que cada una de las partes está colocada en una posición muy precisa. Pero lo realmente asombroso de la semilla es su capacidad para realizar un movimiento dirigido a la formación de un árbol. Es de ese orden en el movimiento del que parte el Aquinate para desarrollar su argumentación.

Ya aquí vemos una característica del orden dinámico que muestra su superioridad respecto al estructural: la actuación ordenada de los seres produce orden estructural (Artigas 1999, 217). Retomando el ejemplo del

árbol, podemos ver que a lo largo de todo su proceso de crecimiento se lleva a cabo una transformación de materia y energía –que son tomadas del ambiente– en las distintas partes de la planta: el proceso de germinación y crecimiento de la semilla, siguiendo las leyes de la naturaleza y empleando la energía presente en su entorno, *ordena* la materia.

Además, el orden dinámico en el que se apoya el Aquinate se refiere a las leyes que están presentes y actúan en todos los procesos biológicos, también en la formación de las estructuras complejas, como son el ojo o el flagelo bacteriano. En definitiva, podemos decir que el tipo de orden natural del que parte el Aquinate engloba la organización de partes en la que se apoya el argumento del diseño (Artigas 1985, 180).

2.2. Variabilidad de la naturaleza y mecanicismo

Existe otra característica del orden natural del que parte el Aquinate que queremos destacar. En las operaciones de los vivientes no observamos una mera repetición de actos, sino que comprobamos una cierta autonomía, que indica algo mucho más complejo que el comportamiento meramente mecánico (Artigas 1992, 236). Un claro ejemplo son las estrategias de caza de los grandes felinos, que son capaces de introducir cierta variación en sus técnicas según las circunstancias en que se encuentren o el tipo de presa que pretendan alcanzar.

Podemos decir que en los seres vivos encontramos constancia no tanto en los actos concretos que realizan, sino en los objetivos hacia los que tienden con esos actos. Esta capacidad de los animales de encontrar diversos caminos para lograr un mismo objetivo es también un claro indicio de la existencia en ellos de tendencias que no son mecánicas o deterministas.

Esta variabilidad en el comportamiento de los seres naturales es difícil de conciliar con la visión del orden mecánico en la que se apoyan las distintas formulaciones del argumento del diseño. Hay que notar que Behe considera que el interior de la célula está formado por «máquinas moleculares» que se limitan a cumplir mecánicamente su objetivo, y que es precisamente en ese determinismo mecanicista donde se apoya su razonamiento (Behe

2006, 51). Algo muy similar cabe decir de la postura de Paley y, en general, de cualquier equiparación entre sistemas biológicos y artefactos, que es precisamente en lo que se basan estos razonamientos. Si consideramos los seres vivos sólo desde el punto de vista de su estructura interna, no podremos dar razón de ningún tipo de variación en su comportamiento.

2.3. El carácter ordinario del orden

El argumento de diseño parte de una serie de sistemas de complejidad estructural que podemos considerar casos particulares de la naturaleza. Es cierto que estudia sistemas ordinarios –existen incontables ojos, alas o flagelos en el mundo–, pero lo que se quiere explicar es la aparición en el ser vivo o, si lo preferimos, en su ADN, de esos sistemas. En ese sentido, Behe trata la formación de los sistemas bioquímicos complejos como *singularidades* de la biología, como sucesos que se encuentran fuera del comportamiento ordinario de la naturaleza (Behe 2006, 39–40).

La quinta vía, en cambio, toma como punto de partida fenómenos ordinarios. Los ejemplos que propone Santo Tomás en sus obras –gran parte de ellos tomados de Aristóteles– tienen la característica de referirse a fenómenos corrientes y cotidianos. No recurre a casos particulares para demostrar la existencia de Dios y, de esta forma, la inteligencia directora a la que llega la quinta vía aparece como responsable de la actuación ordinaria y cotidiana de los seres naturales.

El orden al que se refiere el Aquinate tiene lugar constantemente: no se trata de algo que haya sucedido en un momento determinado de la historia, como sería un cambio genético importante, el surgir de la vida sobre la Tierra o el Big Bang. El orden dinámico que existe en la naturaleza puede ser experimentado científicamente y, de hecho, la misma ciencia se apoya en la existencia de esas regularidades (Artigas 1999, 19).

2.4. Universalidad de la quinta vía

Señalamos por último que el argumento del diseño se pregunta por la causa de un reducido grupo de fenómenos naturales. Así lo señala Dembski

cuando afirma que su razonamiento se basa en algunos eventos concretos: aquellos que muestran cierto grado de complejidad (Dembski 2004, 87). Semejante es la postura de Behe cuando aclara que no pretende mostrar que toda la naturaleza responda a un diseño inteligente, si no solo alguna de sus partes (Behe 2007a, 219–220).

Consecuencia indirecta de esto es que el diseñador al que se llega aparece como responsable de una parte reducida del mundo material: su actuación se limita a algunos casos de aparición de sistemas complejos. Por supuesto, esto no quiere decir que el diseñador no pueda ser identificado con el autor de toda la naturaleza: simplemente se afirma que el argumento del diseño no es un razonamiento válido para mostrar tal cosa.

El Aquinate, en cambio, busca demostrar la existencia de Dios a partir de unos fenómenos que encontramos en todo universo y no en un grupo restringido de eventos particulares (Martin 1997, 104). El argumento de la quinta vía tiene el interés de estar apoyado en un orden que se da en todos los niveles de la naturaleza: podemos observarlo a nivel astrofísico, geológico, biológico y físico-químico (Artigas 1992, 279–282).

La misma formulación de la vía nos indica esta universalidad al hablar del gobierno de las cosas *–rerum–*, sin concretar más, o de cuerpos naturales *–corpora naturalia–*, sin especificar otra cosa que su falta de inteligencia. Y esta universalidad aparece más claramente en la conclusión, cuando se habla de la necesidad de que exista un ser que dirija «todas las cosas naturales» hacia su fin. Por eso, el director inteligente al que llega el Aquinate no será responsable de una parte de la naturaleza, sino que le veremos como autor de toda la Creación.

3. El recurso a la finalidad en los dos argumentos

Hemos indicado que los dos argumentos que estamos tratando emplean el concepto de finalidad en la naturaleza y se apoyan en que solo un ser dotado de inteligencia puede ser la causa de la misma. Sin embargo, también aquí encontramos nuevas diferencias entre el tipo de finalidad que emplea cada razonamiento.

3.1. Distinción entre teleología consciente e inconsciente

Podemos hablar de dos formas de actuación finalizada: la propia de los seres inteligentes y la que corresponde a los agentes irracionales. En ambos casos hablamos de orientación hacia un fin, pero el modo en que tiene lugar esa dirección presenta características diversas.

Los agentes dotados de intelecto, cuando actúan, conciben de antemano en sus mentes aquello que pretenden alcanzar y actúan en un segundo momento según esa intención previa. El agente inteligente es causa no solo de la dirección hacia el fin, sino también de las acciones encaminadas a alcanzarlo: el escultor es responsable tanto del deseo de hacer la estatua como de los golpes que da al mármol. Por eso, en la teleología consciente se da la identificación entre las dos dimensiones de la finalidad: la intención del objetivo y la realización de aquello necesario para alcanzarlo (Artigas 1992, 400).

Cuando los autores del argumento de diseño indican que un sistema biológico está diseñado, están afirmando que un ser inteligente ha preparado las cosas de una manera determinada para obtener un fin bien preciso (Behe 2006, 193). Puede ser interesante recordar aquí que el argumento de diseño no se pregunta por el responsable de que un sistema complejo –el ojo o el flagelo– tenga una determinada funcionalidad: lo que buscan es al responsable de la formación efectiva de esos sistemas complejos (Behe 2006, 42–51). La intención primera del grupo es mostrar que solo un ser inteligente –y no un proceso evolutivo ciego– puede formar ese tipo de sistemas, y en ese sentido orientan toda su argumentación. Por eso afirmamos que el tipo de finalidad que consideran es teleología consciente: la formación, la estructura y el funcionamiento del sistema responden a la actuación voluntaria de un agente dotado de inteligencia.

El Aquinate, en cambio, habla en su vía de otro tipo de finalidad, en la que el sujeto que actúa no es el mismo que el que ha previsto y deseado el objetivo de la actuación: aquella que se manifiesta en las tendencias naturales de los irracionales. Estos actúan siguiendo sus aptitudes, utilizando una serie de características de las cuales están dotados por naturaleza.

Y observamos que, actuando así, alcanzan unos resultados buenos de forma regular, simple y eficaz.

Este comportamiento nos muestra que existen en los seres naturales una serie de inclinaciones o tendencias, y que éstas están determinadas por algo que pertenece a su propia naturaleza. Todo esto nos permite hablar de una teleología natural, distinta de la finalidad consciente. Estamos hablando de un tipo de finalidad en la que el resultado del movimiento no es fijado por el ser que actúa, pero sí que es alcanzado por él (Artigas 1992, 400). Así, por ejemplo, es la vaca la que –moviendo las patas y orientándose con sus ojos– se dirige hacia la hierba, pero no la que decide que debe alimentarse; un animal irracional no puede hacer tal cosa. Es precisamente en esa distinción entre sujeto que actúa y sujeto que dirige donde se basa el argumento de la quinta vía: los seres naturales actúan –son causa agente del movimiento– de forma ordenada y alcanzan así ciertos objetivos, pero no se orientan ellos mismos hacia el fin; no pueden hacerlo sin ser inteligentes. Es necesaria la existencia de un agente distinto que sea causa de esa orientación y es en esa necesidad en la que se apoya el Aquinate para desarrollar la quinta vía.

3.2. La capacidad de la ciencia para encontrar finalidad en la naturaleza

Una de las ideas centrales del *Intelligent Design* es considerar que la ciencia es capaz de detectar diseño en la naturaleza (Dembski 2004, 39 y 178). Pero se trata de una pretensión equivocada. Las ciencias positivas, en su labor de comprender y explicar el mundo natural, estudian fenómenos observables y medibles: deben limitarse a las causas eficientes. El método científico no puede indagar ni planes deliberados ni intenciones (Haught 2010, 264); como mucho, puede estudiar el resultado de ese hipotético diseño (Ratzsch 2003, 127–130).

Analizando la conformación estructural de los seres y las leyes que rigen sus operaciones, los científicos pueden descubrir en el mundo natural toda una serie de inclinaciones hacia un tipo determinado de actuación. Se trata de unas tendencias que se manifiestan en la acción ordinaria de los seres y que están determinadas por algo que pertenece a su propia

naturaleza: no son algo extrínseco. Es por eso que esos comportamientos ordenados son susceptibles de ser sometidos a la experimentación y al estudio científico. De esta forma, la ciencia puede descubrir no solo el orden, sino también la direccionalidad presente en el mundo natural (Carroll 2003, 82). La existencia de esas tendencias naturales es en la actualidad generalmente admitida por los científicos, también por los defensores de ideas materialistas (Artigas 1999, 184–190).

Las características de la teleología natural –de esa orientación de los seres hacia cierto tipo de objetivos– permiten que ésta sea estudiada científicamente. Pero en ningún caso podrá la ciencia abordar la finalidad intencional de la que habla el *Intelligent Design*. Analizando científicamente el flagelo, por ejemplo, podríamos hablar de su efectividad y complejidad e, incluso, de su tendencia a moverse respondiendo a unos impulsos físico-químicos. Pero no podemos concluir que ha sido diseñado, pues ese tipo de finalidad se da tan solo en el diseñador, y no en el sistema natural, que es lo único que puede ser estudiado por la ciencia: *la teleología a la que se refiere el Intelligent Design es totalmente extrínseca al objeto natural que estudia (Ayala 2004, 66), lo que no ocurre con las tendencias naturales.*

3.3. La asunción de la existencia de finalidad en la naturaleza

Acabamos de ver que el tipo de finalidad que se emplea en ambos argumentos no es equiparable: en un caso se habla de tendencias –teleología inconsciente– y en el otro de diseño –teleología consciente–. Y hemos señalado que nuestro conocimiento científico de la naturaleza puede descubrir el primer tipo de teleología, pero no el segundo. Todo esto nos lleva a otra de las grandes diferencias que existen entre las dos pruebas en estudio: mientras que el Aquinate busca demostrar la existencia de esa finalidad, en el argumento de diseño se asume esa finalidad como evidente.

En efecto, estos autores no ofrecen más argumento a favor de la finalidad de la naturaleza –o de ciertos órganos naturales– que el afirmar que espontáneamente consideramos su finalidad. Por ejemplo, ante la comprobación del orden entre las partes del ojo, no nos conformamos con cons-

tatar que *sirve para ver* –cosa que puede hacer la ciencia– sino que damos un paso más, dicen, afirmando que ese órgano *fue hecho para ver*. Tal vez sea cierto que llegamos espontáneamente a esa conclusión, pero si queremos plantear un razonamiento correcto no nos podemos apoyar en una asunción espontánea: habría que probar esa afirmación. Y es claro que los autores del argumento ni lo hacen ni pretenden hacerlo.

4. El tipo de argumentación lógica empleada

Una vez que hemos señalado las diferencias que existen en el punto de partida y en el tipo de teleología que emplean, pasamos ahora a afrontar una tercera divergencia entre los dos razonamientos: el modo en que recurren al principio de causalidad para llevar adelante la demostración.

Tanto el argumento del diseño como la quinta vía pretenden demostrar la existencia de Dios a partir del orden que existe en la naturaleza. Se trata en ambos casos de un razonamiento *a posteriori* que buscará al agente responsable del orden. Así, los exponentes del argumento del diseño se preguntarán por la causa de la formación de algunas partes de la naturaleza, y propondrán la existencia de cierto diseñador inteligente. Santo Tomás, por su parte, buscará la causa de la dirección de los seres irracionales hacia el bien, llegando así a una inteligencia directora. En este sentido, ambos razonamientos se basan en el principio de causalidad: dados unos efectos, es necesario que exista una causa.

En el presente apartado mostraremos cómo emplea cada prueba este principio. Nos detendremos en primer lugar en el concepto de *causa propria* para, a continuación, aplicarlo a los dos argumentos que estamos considerando. Veremos así cómo la distinta elección del punto de partida también tendrá su reflejo en la validez del argumento.

4.1. La noción de causa propria

A la hora de demostrar la existencia de algo a partir de cierto efecto, cabe preguntarse qué características debe tener ese fenómeno o evento para que nos permita concluir la existencia de una causa determinada: no basta con

decir que existe una causa sino que tenemos que mostrar que la causa es ésta en concreto... No podremos demostrar la existencia de un meteorito a partir de un simple agujero en el terreno, a no ser que éste contenga trozos de vidrio fundido o restos de roca carbonizada, por ejemplo. Así pues, debemos valorar qué tipo de fenómeno natural puede ser válido para demostrar la existencia de Dios (Martin 1997, 104).

Antes de exponer sus cinco vías, Santo Tomás señala que «partiendo de un efecto cualquiera puede demostrarse la existencia de su causa propia (con tal de que conozcamos mejor el efecto), porque, como el efecto depende de la causa, si el efecto existe es forzoso que la causa le preceda» (*STh* I, q.2, a.2, co.).

El texto que acabamos de citar se habla de la causa propia. Llamamos causa propia de un fenómeno a aquella que es necesariamente requerida para la producción del mismo. Se trata de algo que es imprescindible para que se dé el efecto estudiado, en el sentido de que sólo esa causa es capaz de producir tal efecto (García López 1995, 36).

Así pues, no todo fenómeno será válido como punto de partida de nuestra demostración: la prueba sólo será concluyente si el efecto considerado tiene una causa propia. El razonamiento debe dirigirse hacia dos objetivos. Por una parte, demostrar que los efectos que consideremos son reales y necesitan una causa. Por otra –y ésta es la parte fundamental– hemos de demostrar que sólo el agente cuya existencia queremos probar puede ser causa del fenómeno (Martin 1997, 104). En el caso de los argumentos que nos ocupan, hemos de demostrar que el orden considerado sólo puede ser producido por un ser inteligente.

Cuando el Aquinate presenta la quinta vía, explica de forma clara que solo un ser inteligente puede causar las tendencias hacia el bien que encontramos en la naturaleza: tan solo alguien dotado de inteligencia puede orientar hacia un fin futuro que es bueno. Excede completamente al alcance de este artículo exponer aquí todos los argumentos a favor de la fuerza de esa prueba. Pero nos limitaremos a decir que Santo Tomás demuestra que el orden natural tiene una causa propia, mientras que los autores del argumento de diseño no lo hacen.

4.2. El problema de la causa propia en el argumento del diseño

Nos referiremos ahora a uno de los principales problemas que presenta el argumento del diseño, tanto en sus formulaciones de tipo clásico como en la propuesta por parte del *Intelligent Design*. Se trata de las dificultades que encuentran los autores para poder afirmar que el efecto considerado –el complejo orden de ciertos sistemas naturales– tiene una causa propia, es decir, que ninguna causa distinta del diseñador inteligente es capaz de producir esos sistemas biológicos.

No olvidemos que lo que investiga el argumento de diseño no es la causa de que los órganos considerados tengan una utilidad o una finalidad, sino que busca la causa de su formación: su intención es mostrar que sólo un agente dotado de inteligencia puede producir ese tipo de complejidad (Dembski 2002, 149–166).

Como es sabido, las ideas de Darwin representaron un duro golpe para la formulación clásica del argumento del diseño, al dar una posible explicación de como el azar y la selección natural podrían explicar la formación de los sistemas orgánicos que encontramos en la naturaleza (Darwin 1910, 24–47). Las ideas propuestas por el *Intelligent Design* pretenden salir al paso de esas críticas, mostrando que en la naturaleza existen algunos sistemas que no han podido formarse así: pretenden mostrar que la selección natural y las mutaciones aleatorias no son capaces de producir sistemas con cierto grado de complejidad y, por eso, consideran necesario buscar una causa distinta, algo que haga aquello que la evolución darwiniana no puede hacer (Behe 2007a, 101). En este sentido es ilustrativo que el capítulo quinto del libro de Behe que acabamos de citar –*The Edge of Evolution*– se titule precisamente “*What Darwinism Can’t Do*”.

Una vez más, hemos de decir que excede a la intención de estas líneas exponer la mayor o menor validez de los argumentos presentados por el *Intelligent Design*. Nos limitaremos a decir que los mismos autores, aunque consideran que sus ideas son válidas, reconocen que no pueden demostrar que sea imposible –estrictamente imposible– que un proceso no inteligente haya podido formar los sistemas complejos de los que nos hablan (Behe 2007b,

94). De hecho, centran todos sus esfuerzos en mostrar que tal formación es extraordinariamente improbable. Pero consideramos que esta poca probabilidad, por muy baja que sea, no es suficiente para que podamos afirmar que el diseñador inteligente sea la *causa propria* de la formación de los sistemas considerados. Por eso, mientras no se demuestre que sólo un diseñador inteligente puede producir esos sistemas, una demostración *quia* así basada nunca será válida desde el punto de vista de la lógica (Swinburne 2004, 347).

5. Conclusiones

En las líneas anteriores hemos procurado mostrar las diferencias que existen entre el argumento del diseño y la quinta vía de Santo Tomás. Como hemos señalado, tales divergencias se pueden observar tanto en el tipo de orden del que parten –estructural en un caso, dinámico en el otro– como en el tipo de finalidad en la que se apoyan. De la misma forma, hemos visto que el razonamiento lógico en el que se basa cada argumento es muy distinto. Todas esas diferencias nos permiten afirmar que ambas pruebas no son equiparables.

Pero queda aún por señalar la principal diferencia que existe en ambos argumentos, que será consecuencia precisamente de la combinación de esas divergencias que hemos señalado y nos permitirá ver hasta qué punto son diferentes los argumentos.

Como hemos dicho, la idea central del argumento de diseño consiste en mostrar que existen sistemas biológicos que no pueden formarse de forma natural, es decir, a través del concurso de unas leyes naturales. Se puede decir que el argumento del diseño se apoya en lo que podríamos llamar las deficiencias de la naturaleza. Sus autores consideran que la naturaleza es incapaz de formar ciertos sistemas complejos y por eso sostienen que es necesaria la existencia de un ser inteligente que sea el responsable de su formación.

La quinta vía, en cambio, se apoya precisamente en la consideración contraria: en aquello que la naturaleza puede hacer y, de hecho, hace. Al desarrollar su argumento, el Aquinate considera que las leyes de la natura-

leza –las tendencias que en ella encontramos– son tan eficaces que pueden alcanzar objetivos asombrosos, entre los que se encuentran también la formación de sistemas complejos. Y eso exige que esas tendencias hayan sido causadas por un ser inteligente y poderoso, capaz no ya de formar ciertos sistemas, sino de hacer un conjunto de leyes naturales –en las que podemos incluir, como es lógico, los dinamismos propios de la evolución– cuyo concurso es capaz de formar el flagelo bacteriano y muchos otros sistemas de increíble precisión y complejidad, así como hacer actuar a los seres de la forma en que lo hacen.

Por eso concluimos que, estudiados en profundidad, el argumento del diseño y la quinta vía no solo no son equiparables, sino que podemos decir que se trata de razonamientos opuestos: el argumento de diseño se apoya en lo que la naturaleza no puede hacer y la quinta vía se apoya en lo que la naturaleza puede hacer (Rhonheimer 2008, 113).

Por otra parte, hemos de decir que un razonamiento que pretenda demostrar la existencia de Dios basándose en aquello que no sabemos explicar recurriendo a las leyes naturales, además de depender completamente del estado de la ciencia en un momento determinado, sólo podría llegar a un *God of the Gaps*, un ser que actuaría siempre en oposición a las leyes naturales ordinarias o, al menos, de forma paralela a esas leyes (Ruse 2006, 1).

Por último, y ya para finalizar, nos parece conveniente hacer aquí una breve reflexión: la postura de Santo Tomás muestra una mayor consideración hacia los seres naturales. Al valorar su orden desde una perspectiva dinámica, no sólo reconoce la autonomía de la naturaleza –su capacidad de hacer cosas asombrosas–, sino que trata la creación de forma más acorde con sus características específicas: el Aquinate no estudia las plantas y los animales como meros sistemas mecánicos, sino en cuanto que son agentes de sus propias operaciones. Precisamente esa capacidad de actuar autónomamente es una de las características de la vida. La visión de la naturaleza que encontramos en el Aquinate es muy coherente con la cosmovisión actual y con la teoría de la evolución. Y esto presenta aún con más fuerza el interés actual de la quinta vía de Santo Tomás en el ámbito de la filosofía de la naturaleza (Artigas 1992, 304).

Referencias

- Artigas, M. 1985. "Ciencia, finalidad y existencia de Dios." *Scripta Theologica* 17: 151–189.
- . 1992. *La inteligibilidad de la naturaleza*. Eunsa.
- . 1999. *La Mente del Universo*. Eunsa.
- Ayala, F.J. 2004. "Design without Designer. Darwin's Greatest Discovery." In *Debating Design. From Darwin to DNA*, edited by W.A. Dembski and M. Ruse, 55–80. Cambridge University Press: Cambridge.
- . 2007. *Darwin's gift to science and religion*, Joseph Henry Press.
- Behe, M.J. 2006. *Darwin's black box: the biochemical challenge to evolution* Free Press.
- . 2007a. *The edge of evolution: the search for the limits of Darwinism*. Free Press.
- . 2007b. "Darwin's Breakdown: Irreducible Complexity and Design at the Foundation of Life." In *Signs of intelligence: understanding intelligent design*, edited by W.A. Dembski and J.M. Kushiner, 90–101. Brazos Press.
- Carroll, W. E. 2003. *La creación y las ciencias naturales: actualidad de Santo Tomás de Aquino*. Universidad Católica de Chile.
- Collado, S. 2007. "Análisis del Diseño Inteligente." *Scripta Theologica* 39: 573–605.
- Darwin, C. 1910. *El origen de las especies por medio de la selección natural*. F. Sempere y Compañía.
- Dawkins, R. 2006. *The God delusion*. Houghton Mifflin.
- Dembski, W. A. 2002. *No free lunch: why specified complexity cannot be purchased without intelligence*. Rowman and Littlefield.
- . 2004. *The design revolution: answering the toughest questions about intelligent design*. InterVarsity Press.
- García López, J. 1995. *El conocimiento filosófico de Dios*. EUNSA.
- Haught, J. 2010. "Science, God and cosmic purpose." In *The Cambridge Companion to Science and Religion*, edited by P. Harrison, 260–277. Cambridge University Press.
- Hume, D. 1964. "Dialogues concerning natural religion." In *The philosophical works, vol. II*, edited by T. Green and T. Grose. Scientia Verlag.
- Martin, C. 1997. *Thomas Aquinas: God and explanations*. Edinburgh University Press.
- Paley, W. 2008. *Natural Theology, or, Evidences of the existence and attributes of the deity, collected from the appearances of nature*. Oxford University Press.
- Ratzsch, D. 2003. "Perceiving design." In *God and Design*, edited by N. A. Manson, 124–144. Routledge.
- Ratzsch, D., and J. Koperski. 2015. "Teleological Arguments for God's Existence." In *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, edited by E.N. Zalta. Spring 2015 Edition.

- Rhonheimer, M. 2008. “*Teoria dell’evoluzione neodarwinista, Intelligent Design e creazione. In dialogo con il Cardinal Christoph Schönborn.*” *Acta Philosophica* 17: 87–132.
- Ruse, M. 2006. *Darwinism and Its discontents*. Cambridge University Press.
- Swinburne, R. 2004. *The existence of God*. Clarendon Press.
- Tomas de Aquino, *Summa Theologiae*.

